



GRAEME MACRAE BURNET
UN CASO
DE MATRICIDIO

Traducción del inglés a cargo de Alicia Frieyro

IMPEDIMENTA

Son las tres de una tarde de noviembre en el pueblo de Saint-Louis, en el Alto Rin.

La florista, madame Beck, mira por el escaparate de su tienda en Rue des Trois Rois. Los ramos del día ya están enviados y hay escasas probabilidades de que reciba a más de un puñado de clientes antes de cerrar la tienda. Rue des Trois Rois no es una calle concurrida, pero el paso de algún que otro transeúnte apenas queda registrado en su conciencia. Está pensando en el pescado que cocinará más tarde para su marido y en si tal vez debería cerrar un poco antes para pillar abierta la frutería de Avenue de Bâle.

A escasa distancia de allí, un hombre llamado Ivan Baudoin asciende los cinco peldaños de acceso a la comisaría de Rue de Mulhouse. Tira de un perro atado con un trozo de fina cuerda amarilla que se pasa de la mano derecha a la izquierda por detrás de la espalda para tirar de la puerta y acceder al interior. Hace un rato se topó con el perro vagabundeando por Avenue de la

Marne, donde él vive. Monsieur Baudoin no es hombre pudiente y pretende dar su nombre y su dirección a la policía, por si ese gesto solidario mueve al dueño a ofrecer una recompensa.

En el *salon de thé* de la esquina de Avenue Général de Gaulle con Rue des Vosges, dos sexagenarias charlan largo y tendido sobre los pastelillos que están degustando. Una de ellas, Thérèse Lamartine, se lleva inconscientemente la mano al tobillo donde otrora habría estado sentado su perrito. El animal murió hace mucho tiempo, pero madame Lamartine lo echa profundamente de menos todos los días.

En una calle anodina paralela a Rue des Vosges, una anciana está recostada en la cama sobre unas almohadas con fundas bordadas mientras escucha con atención a su hijo moverse por la planta de abajo.

El barbero Lemerre está sentado en su silla de peluquero y pasa las páginas de una de las revistas de chicas desnudas que suministra a sus clientes para que las examinen a fondo mientras esperan. Las fotografías no le interesan demasiado, pero no hay otro material de lectura a mano. Dentro de unos minutos recorrerá andando la escasa distancia que lo separa del Restaurant de la Cloche para tomarse en la barra el trago vespertino con Pasteur.

En la recepción del Hôtel Bertillon, el dueño, Henri Virieu, levanta la vista de su ejemplar de *L'Alsace* cuando oye el sonido que hace un huésped al depositar la llave sobre el mostrador. El huésped ni siquiera lo mira, por mucho que monsieur Virieu resulte perfectamente visible detrás de la mampara de cristal y que, otras veces, ambos hayan intercambiado alguna que otra cortesía rudimentaria.

En el parquécito que hay junto al templo protestante, un puñado de palomas picotea la tierra del paseo que discurre entre los bancos. Más o menos en este momento del día, una viuda llamada Agnes Vincent suele pasar media hora contemplando a los pájaros disputarse las migas de pan que ella les lanza a voleo del interior de una bolsa de papel marrón. Madame Vincent no visita el parque desde hace tres días. Yace sin vida en el suelo del cuarto de baño del apartamento de Rue du Temple que compartía con su marido hasta el fallecimiento de este último, hace ocho años. Su cadáver no será descubierto hasta dentro de una semana, cuando a una vecina le llegue un olor desagradable en el descansillo de la escalera.

A través del cristal del escaparate de Céline's, una *boutique* de moda de señoras que da al parquécito, se puede ver a la dueña arreglando un expositor de lencería demasiado atrevida para la conservadora población femenina del pueblo.

En la esquina de Rue de Huningue con Rue Alexandre Lauly, el Restaurant de la Cloche vive el momento de calma habitual entre el servicio del almuerzo y el final de la jornada laboral, cuando los trabajadores del pueblo se reúnen para echar un traguito y ponerse al día de los últimos cotilleos. En la barra, el propietario, Pasteur, está encorvado sobre su periódico y exhibe su calva coronilla al restaurante entero. Todo está en su sitio. El único cliente es un viajante que trata de disimular su alcoholismo estudiando con suma diligencia su libro de pedidos. A sus pies están las dos maletas donde lleva sus muestras. Más tarde recorrerá con paso vacilante Rue de Mulhouse hasta llegar al Hôtel Bertillon, donde pasará la noche.

En una mesa junto al ventanal, la camarera, Adèle, fuma un cigarrillo. Se ha quitado los zapatos y apoya los pies sobre el banco

corrido. Marie no toleraría este tipo de comportamiento por parte de ningún otro miembro del personal, pero hace la vista gorda con Adèle porque le recuerda a sí misma de joven.

En una amplia propiedad a las afueras del pueblo, una joven viuda, Lucette Barthelme, pega la oreja a la puerta de su dormitorio para determinar el paradero del ama de llaves; quiere poder bajar las escaleras y salir de la casa sin sentir la necesidad de dar explicaciones sobre sus idas y venidas. En el dormitorio situado dos puertas más allá por el pasillo, su hijo adolescente, Raymond, está sentado en una silla de respaldo recto leyendo *Los 120 días de Sodoma*.

Son las tres de una tarde de noviembre en Saint-Louis.